

Figuras de la alteridad

***Braudillard, J. y Guillaume, M. (2000).
La cirugía estética de la alteridad.
En Figuras de la alteridad.
(pp. 11-119). México: Taurus.***



Espacio de
Formación
Multimodal



LA CIRUGÍA ESTÉTICA DE LA ALTERIDAD

Con la modernidad entramos en la era de la producción del Otro. No se trata ya de matarlo, devorarlo o seducirlo, ni de enfrentarlo o rivalizar con él, tampoco de amarlo u odiarlo; ahora, primero se trata de producirlo. El Otro ha dejado de ser un objeto de pasión para convertirse en un objeto de producción. ¿Podría ser que el Otro, en su alteridad radical o en su singularidad irreductible, se haya tornado peligroso o insoportable y por eso sea necesario exorcizar su seducción? ¿O será simplemente que la alteridad y la relación dual desaparecen progresivamente con el aumento en potencia de los valores individuales y la destrucción de los valores simbólicos? Sea como sea, el caso es que la alteridad comienza a faltar y que es imperiosamente necesario *producir al otro como diferencia a falta de poder vivir la alteridad como destino*. Esto concierne tanto al mundo como al cuerpo, tanto al sexo como a la relación social. Es justamente para escaparse del mundo, del cuerpo y del sexo (del otro sexo) como destino, por lo que se inventa la producción del otro como diferencia. Así sucede con la diferencia sexual: cada sexo tiene sus características anatómicas, psicológicas, con su deseo propio y todas las peripecias insolubles que resultan de esto, incluso la ideología del sexo y del deseo, y la uto-

pía de una diferencia sexual fundada a la vez en el derecho y la naturaleza. Nada de esto tiene sentido en la seducción, donde no se trata del deseo, sino de un *juego con el deseo*, y donde no se trata de igualdad de sexos ni de alienación de uno por el otro, ya que el juego implica una perfecta reciprocidad de los participantes (no la diferencia y la alienación, sino la alteridad y la complicidad). La seducción es nada menos que histérica, ninguno de los sexos proyecta su sexualidad sobre el otro, las distancias están dadas, la alteridad se mantiene intacta, la condición misma de esta ilusión es mayor que el juego con el deseo.

Lo que se produce en el momento decisivo del romanticismo y del siglo XIX es, por el contrario, la entrada en escena de una histeria masculina y, con ella, del cambio del paradigma sexual, que hay que situar nuevamente dentro del marco más general, universal, del cambio del paradigma de la alteridad. En esta fase histérica, la feminidad del hombre de alguna forma se proyecta en la mujer modelándola como figura ideal de semejanza. Ya no se trata del amor romántico, de conquistar a la mujer, de seducirla, sino de crearla desde el interior, de inventarla, ya sea como utopía realizada, como mujer idealizada, como mujer fatal o como *star*, otra metáfora histérica y sobrenatural. Todo el trabajo de este Eros romántico consistió en inventar este ideal de armonía, de fusión amorosa, en forma casi incestuosa entre dos seres gemelos —la mujer como resurrección proyectiva del mismo, que no adquiere su forma sobrenatural, sino más que como ideal del mismo—, artefacto en lo sucesivo destinado al amor;

es decir, a una patética confusión de la semejanza ideal que sustituye a la alteridad dual de la seducción. Toda la mecánica erótica cambia de sentido, pues la atracción erótica, que nació antes que la alteridad, de la extrañeza del Otro, desde ese momento, pasa del lado del Mismo, del semejante y de la semejanza. ¿Autoerotismo? ¿Incesto? No: más bien una hipóstasis del Mismo. Del mismo que mira con recelo al otro, que se sumerge en el otro, que se enajena en el otro; mientras que el otro siempre es sólo la forma efímera de una diferencia que me coloca más cerca de mí. Por eso con el amor romántico y todos sus actuales subproductos, la sexualidad se acerca a la muerte: al incesto y a su destino, incluso banalizado (no se trata ya del incesto mítico y trágico; con el erotismo moderno tenemos que tratar solamente con una forma incestuosa, derivada, la de la proyección del mismo en la imagen del otro, lo cual equivale a una confusión y a una corrupción de todas las imágenes).

A fin de cuentas, se inventa una feminidad que torna a la mujer superflua. La invención de una diferencia que no es más que una cópula desviada con su doble y que hace imposible todo encuentro con la alteridad¹ (sería interesante ver, además, si no ha habido una contrapartida histérica por parte de lo femenino en la construcción de una mitología viril y fálica. El feminismo es así un ejemplo de esta histerización de lo masculino en la mujer, de proyección histérica de su masculini-

¹ Para estas cuestiones, véase el destacable libro de Christina von Braun *Die Schamlose Schönheit des Vergangenen*, Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1989.

dad, tal como lo hace el hombre al proyectar históricamente su feminidad en una imagen mítica de la mujer).

Sin embargo, hay todavía una asimetría en esta asignación forzada a la diferencia; por eso, decía como paradoja, el hombre es más diferente de la mujer que ésta del hombre. Quiero decir que, en el marco de la diferencia sexual, el hombre es sólo diferente, mientras que la mujer conserva aún algo de esa alteridad radical que precede al estatuto degradado de la diferencia. En resumen, este proceso de extrapolación del Mismo en la producción del Otro, de invención histórica del otro sexual como hermano o hermana gemela (el tema de los gemelos se ha vuelto tan actual porque refleja esta forma de clonación libidinal), es el resultado de una asimilación progresiva de los sexos, que va de la diferencia a una reducción de ésta hasta llegar a la inversión y la indiferenciación visual de los sexos, lo que finalmente termina por convertir a la sexualidad en una función inútil. En la clonación se reproduce en seres inútilmente sexuados, debido a que ya no necesitan la sexualidad para su reproducción.

Si la mujer real parece desaparecer en esta invención histórica de lo femenino (sabemos, sin embargo, que ella tiene otras formas de resistir), en esta invención de la diferencia sexual en donde lo masculino ocupa de golpe el polo privilegiado, y donde todas las luchas ideológicas y feministas no harán más que reencaminar este privilegio o esta diferencia insoluble. Hay que ver que el supuesto deseo masculino se torna también totalmente problemático, por ser solamente capaz de

proyectarse en otro a su imagen y de hacerse puramente especulativo. Todas las tonterías sobre el falo y el privilegio sexual de lo masculino tienen que ser revisadas; hay una especie de justicia trascendente que hace que los dos sexos, en el proceso de indiferenciación sexual, terminen inexorablemente en la indiferenciación y pierdan tanto en singularidad como en alteridad. Es la era del Transexual, en donde todos los conflictos ligados a esta diferencia sexual se perpetúan hasta mucho después de que toda sexualidad real, de que toda alteridad real de los sexos haya desaparecido.

Esta oferta pública de adquisición (¿lograda?) de lo femenino por parte de la historia de proyección masculina es reiterada por cada uno de los individuos, hombre o mujer, en su propio cuerpo; identificación y apropiación del cuerpo como proyección de sí mismo, y no como alteridad ni como destino. En los rasgos de la cara, en el sexo, en las enfermedades, la muerte, la identidad está constantemente alterada, y no se puede hacer nada en contra de esto, es el destino; pero es justamente esto lo que debe ser conjurado a cualquier precio en la identificación del cuerpo, en la apropiación individual del cuerpo, del deseo, de la apariencia, de la imagen: cirugía estética en todos los sentidos. Pues si el cuerpo deja de ser un lugar de alteridad, de relación dual, si es lugar de identificación, entonces es necesario reconciliarse con él inmediatamente, arreglarlo, retocarlo, hacer de él un objeto ideal. Cada uno se comporta con su cuerpo como el hombre con la mujer en la identificación proyectiva que hemos descrito:

la asedia, la usa como a un fetiche en un desesperado intento de identificación de sí mismo. El cuerpo se transforma en el objeto de un culto autista, de una manipulación casi incestuosa. Y es la semejanza del cuerpo con su modelo lo que se convierte en una fuente de erotismo y autosedución "blanca"; en la medida en que excluye virtualmente al Otro y que se convierte en el mejor medio para excluir toda seducción proveniente del exterior.

Muchas otras cosas se derivan todavía de esta producción del Otro, producción histórica y especulativa —el racismo, por ejemplo, su desarrollo durante la modernidad, su recrudecimiento actual—; según la lógica, tendría que haber retrocedido durante el progreso y la Ilustración. Ahora bien, cuanto más se sabe que la teoría genética de las razas carece de fundamento, tanto más se refuerza el racismo; se trata de la construcción artificial del Otro, cuya base es una erosión de la singularidad de las culturas (de su alteridad respecto de las otras) y de la entrada en el sistema fetichista de la diferencia. Mientras hubiera alteridad, extrañeza y relación dual (eventualmente violenta), no habría racismo propiamente dicho; aproximadamente, como lo testimonian los informes antropológicos, hasta el siglo XVIII. Una vez perdida esta relación "natural", se ingresa en una relación exponencial con un Otro artificial. Y no hay nada en nuestra cultura que nos permita acabar con el racismo, ya que todo el movimiento de nuestra cultura está dirigido hacia la encarnizada construcción diferencial del Otro y hacia una extrapolación perpetua del Mismo a través del Otro; cultura autista con forma de altruismo falso.

Se habla de alienación; pero la peor de las alienaciones no es ser despojado por el otro sino *estar despojado del otro*, lo que consiste en tener que producir al otro en ausencia del otro y, por lo tanto, ser enviado continuamente a uno mismo y a la imagen de uno mismo. Si en la actualidad estamos condenados a nuestra imagen (a cultivar nuestro cuerpo, nuestro *look*, nuestra identidad, nuestro deseo), no es a causa de la alienación, sino del fin de ésta y de la desaparición virtual del otro, que es una fatalidad mucho peor. De hecho, el límite paradójico de la alienación consiste en tomarse a sí mismo como punto de mira, como objeto de cuidado, de deseo, de sufrimiento y de comunicación. Este cortocircuito definitivo del otro inaugura la era de la transparencia. La cirugía estética se hace universal; la de la cara y la del cuerpo no es más que el síntoma de una cirugía mucho más radical: la de la alteridad y el destino.

¿Cuál sería la solución? No hay ninguna para este movimiento erótico de toda una cultura, para esta fascinación, para este vértigo de denegación de la alteridad, de toda extrañeza, de toda negatividad, para esta exclusión del mal y esta reconciliación con el Mismo y sus figuras multiplicadas: incesto, autismo, gemelos, clonación. Sólo podemos recordar que la seducción reside en la no reconciliación con el Otro, en la protección de la extrañeza del Otro; no hay que reconciliarse con el cuerpo, ni con uno mismo, ni con el Otro; no hay que reconciliarse con la naturaleza ni con lo femenino (y esto es válido también para las mujeres); en esto reside el secreto de esa extraña atracción.

Jean Baudrillard
9 de julio de 1993